

Capítulo II – Las dos torres.

Al igual que todo el personal de la OIT, preocupado por la inquietante actualidad de la institución, observaba con creciente angustia cómo se cernían nubes sobre nuestra actividad, sobre las negociaciones en curso (cuyo objetivo, anunciado por la dirección desde diciembre de 2023, es armonizar las condiciones de trabajo) y sobre el futuro de nuestra «comunidad».

En cuanto a nuestra actividad, me desconcertaba el cuestionamiento del imperio de la ley («*rule of law*»), de la cohesión mediante la negociación social, en definitiva, de todo aquello por lo que se creó la OIT, debido al regreso de los brutos a las más altas cimas de algunos de nuestros Estados miembros, incluidos los más prestigiosos y los más ejemplares... Del mismo modo, hay que decir que la aparente falta de solidez del edificio en el que pensaba haber instalado mi vida, mi energía y mi fe: la decepción provocada por la actitud de jefes y líderes cuya motivación a veces puede ponerse en duda, de los que se descubre que casi se aliarían con el enemigo para salvar los muebles que precisamente este último quiere quemar ostensiblemente... Todo esto me trastornaba.

En nuestra comunidad, «*el pescado se pudre por la cabeza*» (Erasmus^[1]), el impacto de tal actualidad no dejó de tener consecuencias en el ambiente entre nosotros: ¿quién estaba en peligro? ¿Quién saldría adelante? ¿Cómo se verían afectadas nuestras condiciones de trabajo y la organización física de nuestras oficinas? ¿Quién debía solidarizarse con quién? Los compañeros con contratos de cooperación técnica financiados con fondos estadounidenses, cuyas actividades en favor de la «*inclusión*», la «*diversidad*» o los derechos de la mujer, hasta entonces financiadas por USAID como asociadas a la justicia social, veían cómo su trabajo se echaba por la borda. Se les prometió ayuda y protección, se pidió la solidaridad de los compañeros con presupuesto regular, pero esto no impidió la rescisión de los contratos de los primeros. Luego fueron los compañeros con presupuesto regular establecidos en Ginebra los que se vieron amenazados por los anuncios de la presidencia estadounidense y los planes de deslocalización de la dirección... y los llamamientos a la solidaridad se invirtieron: se pidió a los colegas sobre el terreno, o con presupuesto de cooperación técnica, menos amenazados en esta ocasión, que reflexionaran sobre los elementos de su remuneración que estarían dispuestos a sacrificar, en aras de un ahorro presentado como imperioso, pero sin garantía alguna sobre el uso de los fondos conservados...

Con la mente ocupada por todo esto, trastornada por la evidente aplicación a nuestra vieja casa de la «teoría del shock» (Naomie Klein^[2]), tras la tradicional lectura nocturna a mi hijo del segundo tomo de *El señor de los anillos*, me dormí con el corazón encogido...

- «*Saruman el Blanco se ha vuelto contra su obra*», anuncia Ilwenn, «*ha pactado con Mordor para conservar su poder, y los hombres están divididos. Rohan se ve debilitada por un rey bajo influencia: su nuevo consejero trabaja para Sauron*».

- «*¿Cómo reaccionar? ¡Todo parece derrumbarse a nuestro alrededor!*».

- «*No todo se derrumba, señor Fraudon, y al fin y al cabo, esta sombra solo es pasajera. Incluso la oscuridad debe pasar. Llegará un nuevo día y, cuando brille el sol, será aún más resplandeciente. [...] Hay bondad en este mundo y hay que luchar por ella*».^[3]

Al salir de esta pesadilla, tuve que enfrentarme al presente y decirme que, efectivamente, lo peor nunca es seguro: la lucha es posible si los servidores de «Rohan», nuestro reino, permanecen unidos. Disponen de herramientas para despertar a su rey debilitado: el diálogo social, incluso teniendo en cuenta los cálculos de cada uno, es constitucional en la OIT. Disponemos de herramientas específicas de nuestra organización para ello: el sindicato, por supuesto, y la otra torre de nuestra gobernanza: los interlocutores sociales. A través del ciclo de negociaciones en curso, iniciadas antes del cambio de rumbo de un Estado miembro, «Saruman», cuyo destino hasta entonces era evidente, pueden influir en el futuro. A través del JNC (comité conjunto de nombramientos), nuestros representantes pueden involucrar al personal en un proceso de co-construcción de una respuesta matizada e inteligente a los ataques de un mago blanco (y pelirrojo) enloquecido por el poder. Recurriendo al Panel de Revisión, podemos impugnar el incumplimiento de la palabra dada por nuestro rey y sus representantes en la planificación de las negociaciones actuales. Por último, a través del tribunal de la OIT, el sindicato puede acompañar a los compañeros en su invocación del derecho, para unir al personal en torno a un sistema de valores en el que cree tanto que pretende aplicárselo a sí mismo. «Que lo sepan aquellos que lo ignoran, que lo sepan los enemigos de Dios y del género humano, cualquiera que sea el nombre que adopten, **que entre el fuerte y el débil, entre el rico y el pobre, entre el amo y el sirviente, es la libertad la que oprime y la ley la que libera**». No es Gandalf el Gris quien lo dice, sino el padre Henri Lacordaire, desde el púlpito de Notre Dame de París, en 1848, en un discurso fundacional del catolicismo social[4], una de las fuentes intelectuales del movimiento solidarista, uno de cuyos discípulos, Albert Thomas, fue nuestro primer director general.

https://www.jean-jaures.org/wp-content/uploads/drupal_fjj/publication-print/note-297.pdf

[1] Erasmo, adagio n.º 3197, en el catálogo en línea publicado por la Universidad de Leiden

[2] Naomie Klein, La doctrina del shock (The Shock Doctrine), 2007.

<https://resumedelivres.com/resume-de-la-strategie-du-choc-la-montee-du-capitalisme-des-catastrophes-par-naomi-klein/>

[3] Sam Garnegie a Frodon Saquet, *El Señor de los Anillos, Las dos torres*.

[4] <https://fondamentaux.org/2011/henri-dominique-lacordaire-du-double-travail-de-lhomme/>